SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 2 DE SETIEMBRE DE 2001
Turismo 12

TUCUMAN
En la senda de Tafí

NEUQUEN
La balsa mapuche

Potsdam

A sólo 20 kilómetros de Berlín, la histórica ciudad alemana de Potsdam y los restaurados palacios de los reyes de Prusia

Noticiero

Viajando por las aguas

Aguas Argentinas y la Secretaría de Turismo de la Nación acaban de anunciar el lanzamiento de la promoción "Clientes Viajeros". La iniciativa consiste en sorteos mensuales cuyos premios comprenden cuatro viajes para dos personas a diferentes destinos turísticos del país. ¿Y quiénes pueden participar? Respuesta: Los usuarios residenciales que estén al día con el pago a Aguas Argentinas entran directamente en los sorteos a través del número de cuenta de servicios que figura en la factura. Y aquellos que paguen por débito automático tendrán todos los meses la posibilidad de ganar otros dos viajes y 10 impresoras Epson. El 17 de setiembre se realizará el primer sorteo por sistema de bolillero ante escribano público y los ganadores serán notificados por teléfono o por escrito. Para mayor información, se pueden realizar consultas al teléfono 6333-2482 (AGUA) de lunes a viernes de 9 a 17 o retirar las bases que se encuentran disponibles en todas las oficinas comerciales de la empresa.

Viajes de estudio

El secretario de Turismo de la Nación, Hernán Lombardi, junto con el director de Turismo de la Provincia de Tucumán, Domingo Amaya, y representantes del sector privado, presentaron este mes un programa de paquetes turísticos orientados a grupos de alumnos del Segundo Ciclo de EGB (Educación General Básica). La propuesta apunta a los viajes de estudio (y no de fin de curso). Un paquete básico de un día (aéreos aparte) que incluye la asistencia al espectáculo de Luz y Sonido de la Casa de Tucumán, un city–tour, alojamiento y comidas, cuesta $ 52 por alumno. Hay diversos paquetes de hasta 5 noches, el cual incluye una visita a los Valles Calchaquíes y las ruinas de los indios Quilmes, 2 noches en Salta y una recorrida por la Quebrada de Humahuaca en Jujuy. El precio, con pensión completa y alojamiento es de $ 315 por persona para un grupo de 20 personas, y $ 230 para 45 personas. Más información: e–mail: ometradicion@arnet.com.ar Tel.: 0381–4306110.

El mayor destino turístico de Tucumán combina ríos y montañas al abrigo de un microclima privilegiado. Un pueblo sereno para entregarse al descanso y el montañismo entre los espectaculares paisajes de los Valles Calchaquíes. Las ruinas de la ciudad de los Quilmes, uno de los sitios arqueológicos más importantes del país.



Frente al lago La Angostura se levantan las estelas de granito del Parque de los Menhires.

TUCUMAN *Tafí del Valle*

El valle encantado

POR JULIAN VARSAVSKY

En el trayecto desde San Miguel de Tucumán a Tafí del Valle se asciende por un camino de cornisa a través de las montañas del "monte tucumano", entre tupidos cañaverales y cascadas que brotan de manantiales en las alturas. Cada tanto aparecen lapachos florecidos de color fucsia. La vegetación se hace cada vez más espesa, y el verdor estalla en una profusión de helechos, lianas y árboles de gran porte con plantas colgantes, que a veces rozan el techo del auto. A los 2000 metros de altura sobre el nivel del mar la vegetación decae. Ya casi no hay árboles, pero toman la posta los cardones, esos cactus gigantes que se elevan hacia el cielo como dedos acusadores. De pronto, tras una curva, aparece el Valle de Tafí. El sol cae a plomo reflejándose en el agua del embalse La Angostura, y el valle entero irradia un fulgor que resalta el manto de terciopelo verde que recubre las montañas.

Los indios llamaban "Taktillakta" (pueblo de entrada espléndida) al antiguo Tafí. Pronunciar su nombre –"Tafí del Valle"–, evoca por sí solo el aura serena de un páramo silencioso entre altas montañas y suaves lomadas.

Una hilera de 20 sauces, con su resignada cabellera inclinándose hasta el suelo, precede la entrada al pueblo. Algunos cardones crecen entre las casas –superándolas en altura–, y unos pocos autos circulan por la calle. En Tafí se ven caballos pastando a una cuadra del centro, y se oye el canto de los gallos... después, todo es silencio.

EN LA SENDA DE TAFÍ...

Con el resplandor del alba partimos hacia las ruinas jesuíticas de La Banda, un museo indígena y colonial que relata la historia del valle entre los siglos XVI y XIX. El recorrido continúa hacia la estancia Las Carreras, donde se fabrican quesos desde 1779. Un cráneo de vaca señala la entrada, y un tentador aroma a queso fresco invita a pasar. Al recorrer las salas nos explican que el queso de Tafí posee una consistencia y un sabor que lo distinguen de los demás, debido a ancestrales técnicas artesanales y gracias a la microflora autóctona que ingieren las vacas del lugar.

Todo el valle resguarda vestigios de la cultura diaguita-calchaquí, en especial los restos de sus viviendas de piedra que aparecen a cada paso. Frente al lago La Angostura, en la cumbre de la Loma Redonda, se levantan unas estelas de granito de 3 metros de altura que fueron recolectadas en todo el valle para formar el Parque de los Menhires. Algunas tienen cinceladas figuras humanas, pero no se sabe a ciencia cierta su significado ni su antigüedad, aunque se estima que tendrían unos 2000 años.

Tafí ocupa el centro de un valle, sin dudas, encantado. Además de personas con un hablar dulce y pausado, pueblan los rincones de estas montañas una infinidad de seres mitológicos que cobran vida en las leyendas de tradición oral que los lugareños consideran absolutamente reales. Uno de ellos es el Padre de los Pájaros, que interpreta el lenguaje de las aves y otorga al que se le acerque una llave que abre los distintos reinos de la naturaleza.

Hay quienes aseguran haber encontrado a Mayu Mama, la Madre de las Aguas, que aparece en las cascadas produciendo un sin fin de destellos dorados mientras se peina. Además se afirma la existencia de seres como Yacumama, una anciana vestida de blanco que purifica las vertientes de agua; Coquena, el protector de las llamas y las vicuñas; y la Pachamama o "Madre Tierra", que representa la naturaleza toda y es venerada mediante emotivos rituales en que se la alimenta a través de un hoyo en el suelo (allí se deposita comida y hojas de coca). Estos seres mitológicos reflejan la ancestral devoción de los lugareños por la naturaleza y su conservación... un respeto inspirado en supremas divinidades que, en algunos casos, existen desde el tiempo de los indígenas, aquellos insignes adoradores de la tierra por sobre todas las cosas.

LA CIUDAD DE LOS QUILMES A una hora de Tafí del Valle, las ruinas de la ciudad de los indios Quilmes se despliegan en forma de terrazas escalonadas sobre los faldeos del cerro Alto Rey. El segmento restaurado es apenas una parte de lo que fue una "gran ciudad" indígena que llegó a albergar a 3000 personas. Basta con internarse un poco en la maleza, para toparse con infinidad de montículos de piedra que alguna vez conformaron las gruesas paredes de las casas indígenas.

La ciudad fue uno de los asentamientos pre-hispánicos más importantes del país. Solamente la base de las casas fue reconstruida, utilizando las mismas piedras que yacían amontonadas en el sitio. Vista desde las alturas del cerro, la ciudad se asemeja a un complejo laberinto de cuadrículas de hasta 70 metros de largo, que servían de andenes de cultivo, depósito y corral para las llamas. Hay también numerosas casas de estructura circular que originalmente estaban techadas con paja. Se calcula que el lugar comenzó a poblarse alrededor del siglo IX

DATOS UTILES

Cómo llegar: Dinar Líneas Aéreas vuela a Tucumán por $ 262 (precio de acuerdo a la tarifa más económica). Desde la capital tucumana salen micros a Tafí del Valle varias veces por día. Tardan dos horas y el pasaje cuesta $ 8,50. Una excursión en el día desde San Miguel de Tucumán cuesta $ 55.

Dónde alojarse: La Rosada (3 estrellas). Belgrano 300 Tel.: 03867-421323. E-mail: migueltorres@noanet.com.ar Precio: 60 pesos la habitación doble (enero y febrero). En temporada baja, 48 pesos la habitación. El hotel "Celia Correa" –en la calle Belgrano– cuesta 10 pesos por persona y es el más barato de Tafí.

Dónde comer: La zamba y la chacarera están presentes a la hora de la cena en los restaurantes, donde no hay quien se resista al aroma del cabrito asado. Uno de los mejores es El Parador Tafinista donde la especialidad son las empanadas de humita, los típicos tamales de matambre, y un postre de queso con dulce de cayote.

Trekkings y cabalgatas: Daniel Carrazano: Calle Perón 100 Tel.: 03867421241 www.tafidelvalle.com Héctor Heredia: 0381-4226205. E-mail: redcom@tucbbs.com.ar



Nubes y cerros rodean el "Taktillakta", nombre indígena del antiguo Tafí que significa "pueblo de entrada espléndida".

Noticiero

Festival de Cine de Montaña

El Festival de Cine de Montaña de la ciudad canadiense de Banff presentará en Argentina durante el mes de septiembre una selección de películas premiadas en su última edición. Se trata de películas y documentales filmados en ambientes naturales que fomentan la cultura de montaña y el respeto del medio ambiente (mountain bike, kayaking, esquí, trekking, parapente y escalada). Las presentaciones tendrán lugar el 8 y 9 de septiembre en el Shopping Las Terrazas del Cerro Catedral, en Bariloche, y en el Hotel Nevada de esa ciudad, respectivamente. El 17 y 18 de septiembre las mismas películas se exhibirán en Buenos Aires, en el Solar de la Abadía. La entrada cuesta $ 4 y el evento está auspiciado por GoreTex de Argentina, empresa especializada en el desarrollo de telas de alta tecnología para la práctica de actividades al aire libre.

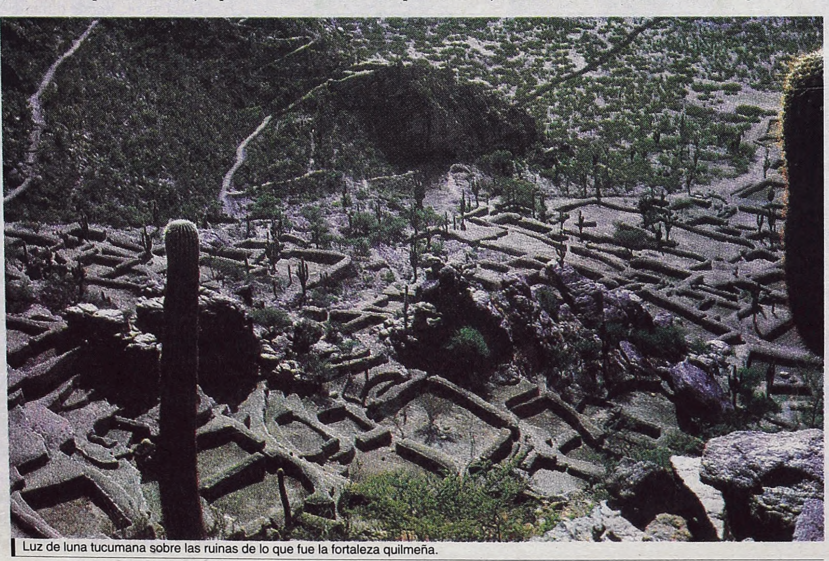
d.C., y a mediados del siglo XVII unas 10.000 personas vivían en los territorios de los alrededores.

La ciudad era una verdadera fortaleza. Aún quedan los restos de piedra laja clavados en la tierra, formando parapetos ubicados a 120 metros de altura, que ofrecían una protección infranqueable. Los Quilmes, entrenados en el arte de la guerra debido a los conflictos con las tribus vecinas, fueron el hueso más duro de roer para los españoles en el norte argentino. Tenían un verdadero ejército de 400 indios que resistió el asedio español durante 130 años. Sus "hermanos de armas" eran los cafayates, y no solamente resistieron en su ciudad fortificada sino que también salían de ella en malón a destruir las que iban fundando los españoles, propinándoles humillantes derrotas bajo el mando del célebre cacique Martín Iquim.

Pasada la fiebre del oro en América, la conquista codiciaba a los Quilmes como fuerza de trabajo. Llevaron a cabo una política sistemática de destrucción de sus cultivos, y finalmente lograron rendirlos en 1666, no por la fuerza –ya que la ciudad era indoblegable– sino por el hambre y la sed. Existen testimonios dramáticos de numerosos suicidios indígenas, quienes en muchos casos preferían la muerte a la esclavitud. A los sobrevivientes –unas 200 familias– se les fijó como lugar de residencia la zona de la provincia de Buenos Aires que hoy se conoce como Partido de Quilmes, a donde debieron llegar caminando bajo custodia militar. Allí vivieron hasta 1812 en la Reducción de la Santa Cruz de los Quilmes que funcionó como encomienda real, donde los indios pagaban tributo a la corona mediante su trabajo.

El desarraigo implicó la pérdida sostenida de sus dioses y sus técnicas pastoriles, mientras quedaban sumidos en un virtual incomunicación con el mundo exterior debido a las barreras idiomáticas. Los jesuitas abjuraban de ellos por sus "costumbres licenciosas". Su cultura se fue desangrando de a poco y sufrieron una fuerte caída demográfica. Finalmente perdieron su lengua y se desintegraron como grupo étnico. Los miembros de la comunidad se fueron desperdigando con los años, pero aún hoy existen en Tucumán muchas personas que se consideran Quilmes, por descender de los ancestrales guerreros que defendieron sus tierras hasta las últimas consecuencias.

El proceso de sometimiento de los Quilmes fue paradigmático por la efectiva metodología de "desnaturalización" que se aplicó, y que al fin y al cabo fue la única que pudo doblegar la fiereza de los combativos indígenas. Una carta del Virrey del Perú al Gobernador Mercado y Villacorta ilustra con las palabras más exactas que sea posible imaginar, la naturaleza de este proceso: "La ocasión que se ofrece de desnaturalizar este gentío es la más a propósito que jamás con él se ha experimentado y casi imposible de reducir otra vez a tan oportuna razón (...) las razones que tengo, justifican el fuero de la conciencia". Las ruinas de la ciudad de los Quilmes son un testigo silencioso de la conquista. Al margen del oportunismo económico de una apurada restauración discutida por los arqueólogos actuales, visitar el sitio permite tomar contacto directo con todo el peso de una historia que encierra la auténtica densidad del lugar.



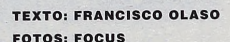
Luz de luna tucumana sobre las ruinas de lo que fue la fortaleza quilmeña.

ALEMANIA *La ciudad de Potsdam*

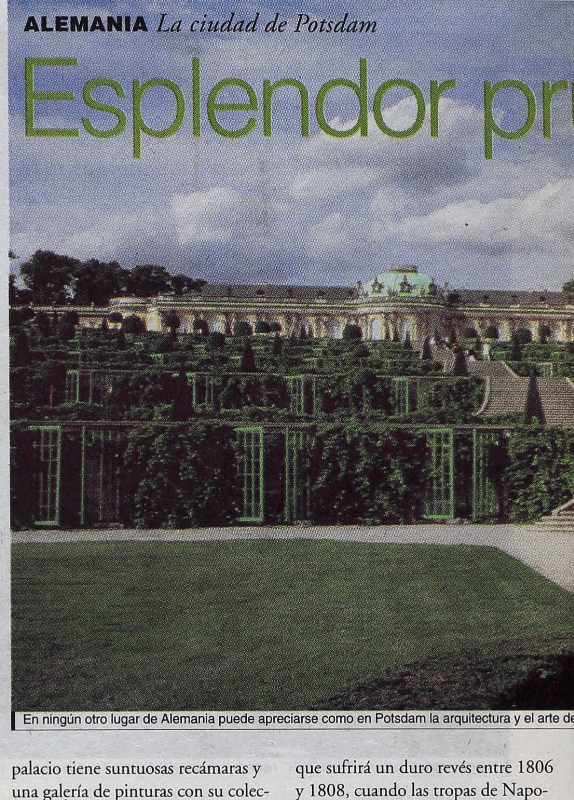
Esplendor pr

Asiento de suntuosos palacios y parques de los reyes de Prusia, sede de la histórica conferencia aliada tras la Segunda Guerra Mundial, Potsdam es, desde 1991, Patrimonio Cultural de la Humanidad. Una ciudad cuyo espíritu está ligado al militarismo y al orden pero también al refinamiento, el arte y la belleza.





Fuentes, lagos, estatuas en Sans Souci, el palacio de Federico el Grande.



En ningún otro lugar de Alemania puede apreciarse como en Potsdam la arquitectura y el arte de

TEXTO: FRANCISCO OLASO
FOTOS: FOCUS

Durante su primera residencia berlinesa, de la que partiría al exilio debido a la persecución nazi, Bertolt Brecht escribió un poema que se llama "Hacia Potsdam bajo los robles". Y es que, yendo a los orígenes, el primer nombre del que se tiene noticia en el lugar, Poztupimi, significa en lengua eslava "Bajo los robles". Ya en los siglos VIII y IX se detalla la existencia de un fuerte eslavo en la desembocadura del río Havel. Tres siglos más tarde, junto con la expansión feudal de los germanos, el cristianismo hace pie en la zona. La ciudad adquiere su derecho como tal en 1345, antes que su vecina Berlín, distante a sólo 20 kilómetros. Y su muralla perimetral con fosa en el siglo XVI, poco antes de adoptar la religión protestante. En la Guerra de los Treinta Años, comenzada en 1618, Potsdam es saqueada y devastada. Ida la guerra, llega la peste, diezmando todavía más a la población. Sin embargo, en 1660, el gran elector Federico Guillermo adopta este verde poblado como segunda residencia. Hace construir un palacio y plantar árboles exóticos. Bajo su mandato llegan consejeros de la por entonces muy desarrollada Holanda, donde él mismo ha estudiado. También hugonotes franceses, perseguidos en su patria por su adhesión al protestantismo, y acogidos aquí, con liberalidad pragmática, para producir manufacturas.

LA CUNA DEL MILITARISMO

El hijo del gran elector, Federico I, es el primer rey de Prusia. Y su hijo, Federico Guillermo I, el primero en mudar su residencia de Berlín a Potsdam, desde donde exacerba la tradición militar prusiana. El así llamado "rey soldado" convierte el jardín de recreo en plaza de ejercicios militares y la Orangerie en Campo de Marte. En toda Europa no hay ejército que pueda equipararse al suyo, formado por 83.000 hombres. Sus soldados son su orgullo, su desvelo, y por eso mismo deben pagar cada falta con castigos draconianos. A Potsdam, convertida en plaza militar, guarnición y fábrica de armas, se la conoce como la Esparta del Norte. Se construye la iglesia de Nikolai y el barrio holandés, que en la actualidad es una de la atracciones más visitadas.

El "rey soldado" le da a su hijo Federico una educación militarista y severa, basada en el orden, la disciplina y el aseo personal. Pero a este joven sensible sólo le interesa hablar francés, tocar la flauta traversa y escribir poemas. El padre lo encierra en una fortaleza, lo obliga a presenciar la ejecución de algunos de sus camaradas, le cede el palacio de Rheinsberg recién cuando se casa con quien debe. A Federico, sin embargo, no le simpatizan las mujeres. Y esto se evidencia sin rodeos cuando, al convertirse en 1740 en Federico II de Prusia, destierra a la suya a Baja Schönhausen: Muy pronto Federico II se muestra como un cínico hombre de poder. Perfecciona al ejército como maquinaria bélica, marcha a la Guerra de los Siete Años, ratifica a Prusia en su poder militar anexando Silesia. La admiración y el temor le van forjando el nombre con que la historia lo conoce. El sensible joven asediado por las musas es ahora Federico el Grande.

El rey, a quien le gusta verse como filósofo, convierte Prusia en el primer Estado de derecho europeo. Suprime la tortura e implanta la libertad de culto. Desarrolla la industria textil y la cervecería. Para sí mismo se hace construir en Potsdam el palacio de Sans Souci, que ocupa como residencia. En estilo rococó, el palacio tiene suntuosas recámaras y una galería de pinturas con su colección privada, donde hoy pueden verse cuadros de Rubens, Van Dyck y el Caravaggio. La sala de mármol es el ambiente más íntimo y la biblioteca el más privado. Gran amigo de las artes, el rey preside tertulias en las que toca la flauta. Voltaire reside en Sans Souci tres temporadas, como su maestro de poética y retórica. Aquí pasa el rey en soledad sus últimos años. Su tumba, vigilada de cerca por las efigies de seis emperadores romanos, entre los que no faltan Nerón ni Calígula, es descanso también de sus once perros, a los que les hablaba sólo en francés.

AMORES PRUSIANOS "Ninguna mujer es fea cuando se brinda tal como es", es el lema de su sobrino y sucesor Federico Guillermo II. Y es que su fuerte no es la política ni la guerra, sino los amoríos, que encarnan una buena dosis de ambas cosas. Al monarca le repugna el mundo rococó de su antecesor. Al otro lado de la ciudad, en lo que será el Nuevo Jardín, se hace construir el Palacio de Mármol, de acuerdo a los cánones del romanticismo. Prusia entra en una etapa de ostracismo bélico, en un mundo palaciego y reposado que sufrirá un duro revés entre 1806 y 1808, cuando las tropas de Napoleón toman la ciudad. La corte prusiana escapa. Las contribuciones de guerra dejan a Potsdam al borde de la ruina. Prusia es reformada como el Estado más moderno de Europa. Se libera a los campesinos, se equipara la nobleza a la ciudadanía, se suprimen los castigos corporales y se produce la emancipación de los judíos. Las ciudades tienen derecho a administrarse por sí mismas. Tras la restauración de 1815, Federico Guillermo III contrata al arquitecto Karl Friedrich Schinkel y al jardinero paisajista Peter Joseph Lenné, quien se encarga de embellecer los parques y los alrededores de Potsdam. En el parque de Sans Souci, reformado por Lenné al estilo inglés, Schinkel proyecta los Baños romanos, con faunos, relieves y frescos que recuerdan los de Pompeya, y el palacio de Charlottenhof, donde a partir de 1827 se suceden las estancias del naturalista Alexander von Humboldt.

Sans Souci es una interminable caja de sorpresas. En sus paseos, surcados por mansos lagos, se respira un aire que huele a castaños e invita a la contemplación. La vista descubre estatuas y fuentes, cuando no directamente templos o palacios. El de la Orangerie, donde durante el invierno se protegían los naranjos, dispone hoy de una sala con reproducciones de Rafael. Bajando sus escalinatas, adentrándose en el parque, se encuentra la Casa de Té. Guarecida por dorados mandarines chinos, que brillan entre dragones, poetas y músicos, en la actualidad exhibe una colección de porcelanas del siglo XVIII.

EL ESPÍRITU DE POTSDAM

No muy lejos está el Palacio Nuevo, una obra imponente, hecha a la medida de Federico el Grande, con sus 240 metros de frente, sus ventanas orladas en oro, su sala de espejos y sus paredes revestidas de caracoles exóticos. El rey, quien tanto se inmiscuyó en los planos que forzó la huida del primer arquitecto, catalogó la obra como una fanfarronada. Aquí residirá Guillermo II, el último emperador alemán. El primero ha-

ALEMANIA *La ciudad de Potsdam*

Esplendor prusiano

Asiento de suntuosos palacios y parques de los reyes de Prusia, sede de la histórica conferencia aliada tras la Segunda Guerra Mundial, Potsdam es, desde 1991, Patrimonio Cultural de la Humanidad. Una ciudad cuyo espíritu está ligado al militarismo y al orden pero también al refinamiento, el arte y la belleza.



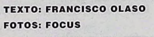
Fuentes, lagos, estatuas en Sans Souci, el palacio de Federico el Grande.



En ningún otro lugar de Alemania puede apreciarse como en Potsdam la arquitectura y el arte de los siglos XVIII y XIX.



Monumentos y majestuosidad prusiana en las calles de Potsdam.



TEXTO: FRANCISCO OLASO
FOTOS: FOCUS

Durante su primera residencia berlinesa, de la que partiría al exilio debido a la persecución nazi, Bertolt Brecht escribió un poema que se llama "Hacia Potsdam bajo los robles". Y es que, yendo a los orígenes, el primer nombre del que se tiene noticia en el lugar, Poztupimi, significa en lengua eslava "Bajo los robles". Ya en los siglos VIII y IX se detalla la existencia de un fuerte eslavo en la desembocadura del río Havel. Tres siglos más tarde, junto con la expansión feudal de los germanos, el cristianismo hace pie en la zona. La ciudad adquiere su derecho como tal en 1345, antes que su vecina Berlín, distante a sólo 20 kilómetros. Y su muralla perimetral con fosa en el siglo XVI, poco antes de adoptar la religión protestante. En la Guerra de los Treinta Años, comenzada en 1618, Potsdam es saqueada y devastada. Ida la guerra, llega la peste, diezmando todavía más a la población. Sin embargo, en 1660, el gran elector Federico Guillermo adopta este verde poblado como segunda residencia. Hace construir un palacio y plantar árboles exóticos. Bajo su mandato llegan consejeros de la por entonces muy desarrollada Holanda, donde él mismo ha estudiado. También hugonotes franceses, perseguidos en su patria por su adhesión al protestantismo, y acogidos aquí, con liberalidad pragmática, para producir manufacturas.

LA CUNA DEL MILITARISMO

El hijo del gran elector, Federico I, es el primer rey de Prusia. Y su hijo, Federico Guillermo I, el primero en mudar su residencia de Berlín a Potsdam, desde donde exacerba la tradición militar prusiana. El así llamado "rey soldado" convierte el jardín de recreo en plaza de ejercicios militares y la Orangerie en Campo de Marte. En toda Europa no hay ejército que pueda equiparase al suyo, formado por 83.000 hombres. Sus soldados son su orgullo, su desvelo, y por eso mismo deben pagar cada falta con castigos draconianos. A Potsdam, convertida en plaza militar, guarnición y fábrica de armas, se la conoce como la Esparta del Norte. Se construye la iglesia de Nikolai y el barrio holandés, que en la actualidad es una de la atracciones más visitadas.

El "rey soldado" le da a su hijo Federico una educación militarista y severa, basada en el orden, la disciplina y el aseo personal. Pero a este joven sensible sólo le interesa hablar francés, tocar la flauta traversa y escribir poemas. El padre lo encierra en una fortaleza, lo obliga a presenciar la ejecución de algunos de sus camaradas, le cede el palacio de Rheinsberg recién cuando se casa con quien debe. A Federico, sin embargo, no le simpatizan las mujeres. Y esto se evidencia sin rodeos cuando, al convertirse en 1740 en Federico II de Prusia, destierra a la suya a Baja Schönhausen: Muy pronto Federico II se muestra como un cínico hombre de poder. Perfecciona al ejército como maquinaria bélica, marcha a la Guerra de los Siete Años, ratifica a Prusia en su poder militar anexando Silesia. La admiración y el temor le van forjando el nombre con que la historia lo conoce. El sensible joven asediado por las musas es ahora Federico el Grande.

El rey, a quien le gusta verse como filósofo, convierte Prusia en el primer Estado de derecho europeo. Suprime la tortura e implanta la libertad de culto. Desarrolla la industria textil y la cervecería. Para sí mismo se hace construir en Potsdam el palacio de Sans Souci, que ocupa como residencia. En estilo rococó, el palacio tiene suntuosas recámaras y una galería de pinturas con su colección privada, donde hoy pueden verse cuadros de Rubens, Van Dyck y el Caravaggio. La sala de mármol es el ambiente más íntimo y la biblioteca el más privado. Gran amigo de las artes, el rey preside tertulias en las que toca la flauta. Voltaire reside en Sans Souci tres temporadas, como su maestro de poética y retórica. Aquí pasa el rey en soledad sus últimos años. Su tumba, vigilada de cerca por las efigies de seis emperadores romanos, entre los que no faltan Nerón ni Calígula, es descanso también de sus once perros, a los que les hablaba sólo en francés.

AMORES PRUSIANOS "Ninguna mujer es fea cuando se brinda tal como es", es el lema de su sobrino y sucesor Federico Guillermo II. Y es que su fuerte no es la política ni la guerra, sino los amoríos, que encarnan una buena dosis de ambas cosas. Al monarca le repugna el mundo rococó de su antecesor. Al otro lado de la ciudad, en lo que será el Nuevo Jardín, se hace construir el Palacio de Mármol, de acuerdo a los cánones del romanticismo. Prusia entra en una etapa de ostracismo bélico, en un mundo palaciego y reposado que sufrirá un duro revés entre 1806 y 1808, cuando las tropas de Napoleón toman la ciudad. La corte prusiana escapa. Las contribuciones de guerra dejan a Potsdam al borde de la ruina. Prusia es reformada como el Estado más moderno de Europa. Se libera a los campesinos, se equipara la nobleza a la ciudadanía, se suprimen los castigos corporales y se produce la emancipación de los judíos. Las ciudades tienen derecho a administrarse por sí mismas. Tras la restauración de 1815, Federico Guillermo III contrata al arquitecto Karl Friedrich Schinkel y al jardinero paisajista Peter Joseph Lenné, quien se encarga de embellecer los parques y los alrededores de Potsdam. En el parque de Sans Souci, reformado por Lenné al estilo inglés, Schinkel proyecta los Baños romanos, con faunos, relieves y frescos que recuerdan los de Pompeya, y el palacio de Charlottenhof, donde a partir de 1827 se suceden las estancias del naturalista Alexander von Humboldt.

Sans Souci es una interminable caja de sorpresas. En sus paseos, surcados por mansos lagos, se respira un aire que huele a castaños e invita a la contemplación. La vista descubre estatuas y fuentes, cuando no directamente templos o palacios. El de la Orangerie, donde durante el invierno se protegían los naranjos, dispone hoy de una sala con reproducciones de Rafael. Bajando sus escalinatas, adentrándose en el parque, se encuentra la Casa de Té. Guarecida por dorados mandarines chinos, que brillan entre dragones, poetas y músicos, en la actualidad exhibe una colección de porcelanas del siglo XVIII.

EL ESPÍRITU DE POTSDAM

No muy lejos está el Palacio Nuevo, una obra imponente, hecha a la medida de Federico el Grande, con sus 240 metros de frente, sus ventanas orladas en oro, su sala de espejos y sus paredes revestidas de caracoles exóticos. El rey, quien tanto se inmiscuyó en los planos que forzó la huida del primer arquitecto, catalogó la obra como una fanfarronada. Aquí residirá Guillermo II, el último emperador alemán. El primero había sido Guillermo I, quien en 1871, al fundarse el Estado de Alemania, debe dejar su reinado para acceder a un título un poco más terreno. Desde su residencia en el Palacio Nuevo, Guillermo II firma, en julio de 1914, la declaración de guerra a Francia y Rusia. Cuatro años más tarde, la derrota lo obliga a abdicar, comenzando de este modo la República de Weimar. Se avecina la hiperinflación de los años '20. En las calles brotan los camisas pardas. Alguna vez Federico el Grande había dicho que Prusia se había construido desde Potsdam. Ahora es Hitler quien invoca el "espíritu de Potsdam", a la hora de legitimar su ambición expansionista. Este espíritu marcial –al que el sacrificio humano pronto se le ofrendará en escala inédita– se alimenta a la vez de ritos. Göring imparte desde aquí la orden que marca la entrada en combate de la Luftwaffe en la Segunda Guerra Mundial.

ESCOMBROS Cuando la guerra empieza a definirse en su propia tierra, los alemanes ruegan en secreto por poder rendirse ante los norteamericanos. La gozosa ferocidad de sus crímenes en suelo ruso, se ha convertido en terror abisal a la revancha. En Potsdam no tendrán suerte. El 30 de abril del '45, quince días después del bombardeo británico, el Ejército Rojo toma la ciudad, tras cruentos combates. Dos meses más tarde, no habiendo lugares disponibles en la destruida Berlín, los aliados realizan la Conferencia de Potsdam en el palacio de Cecilienhof, el último en construirse, en estilo inglés, entre 1914 y 1917. A la conferencia asisten Harry Truman, Josef Stalin, Juli Attlee y Winston Churchil. Se decide la división de Alemania en cuatro zonas, bajo el mando de la respectiva fuerza de ocupación norteamericana, rusa, francesa y británica. Potsdam, separada de Berlín occidental apenas por el río Havel, queda bajo dominio soviético, junto al resto de lo que será, a partir de 1948, la República Democrática Alemana.

A los ojos de la nueva autoridad, son los palacios e iglesias símbolos de un poder decrépito y derrotado. Muchas fachadas recuperables son tiradas abajo. Lo mismo que el Palacio de la Ciudad y la Iglesia Garnisson. A la tenacidad del historiador de arte ruso Jewgenij Ludschuweit hay que agradecerle que el Palacio de Sans Souci no sea dinamitado. Tras la caída del Muro, ha comenzado un largo proceso de restauración, completado ya en varios palacios, en el barrio holandés y la antigua ciudad barroca. En 1991 la Unesco declara el conjunto arquitectónico patrimonio cultural de la humanidad. Potsdam brilla entre las huellas de poderes insepultos. El olvido ahora se encarga con esmero de otras páginas. Sitios como el antiguo centro de esparcimiento de la oficialidad soviética, corroído y cuadradote, con despintadas leyendas en ruso y ni un solo vidrio sano, sigue presidido desde el bronce por un Lenin vigoroso, sonriente, a punto de quitarse el saco, como quien acaba de llegar.



El magnífico pabellón restaurado de uno de los palacios de los reyes de Prusia.



de los siglos XVIII y XIX.



Monumentos y majestuosidad prusiana en las calles de Potsdam.

bía sido Guillermo I, quien en 1871, al fundarse el Estado de Alemania, debe dejar su reinado para acceder a un título un poco más terreno. Desde su residencia en el Palacio Nuevo, Guillermo II firma, en julio de 1914, la declaración de guerra a Francia y Rusia. Cuatro años más tarde, la derrota lo obliga a abdicar, comenzando de este modo la República de Weimar. Se avecina la hiperinflación de los años '20. En las calles brotan los camisas pardas. Alguna vez Federico el Grande había dicho que Prusia se había construido desde Potsdam. Ahora es Hitler quien invoca el "espíritu de Potsdam", a la hora de legitimar su ambición expansionista. Este espíritu marcial –al que el sacrificio humano pronto se le ofrendará en escala inédita– se alimenta a la vez de ritos. Göring imparte desde aquí la orden que marca la entrada en combate de la Luftwaffe en la Segunda Guerra Mundial.

ESCOMBROS Cuando la guerra empieza a definirse en su propia tierra, los alemanes ruegan en secreto por poder rendirse ante los norteamericanos. La gozosa ferocidad de sus crímenes en suelo ruso, se ha convertido en terror abisal a la revancha. En Potsdam no tendrán suerte. El 30 de abril del '45, quince días después del bombardeo británico, el Ejército Rojo toma la ciudad, tras cruentos combates. Dos meses más tarde, no habiendo lugares disponibles en la destruida Berlín, los aliados realizan la Conferencia de Potsdam en el palacio de Cecilienhof, el último en construirse, en estilo inglés, entre 1914 y 1917. A la conferencia asisten Harry Truman, Josef Stalin, Juli Attlee y Winston Churchil. Se decide la división de Alemania en cuatro zonas, bajo el mando de la respectiva fuerza de ocupación norteamericana, rusa, francesa y británica. Potsdam, separada de Berlín occidental apenas por el río Havel, queda bajo dominio soviético, junto al resto de lo que será, a partir de 1948, la República Democrática Alemana.

A los ojos de la nueva autoridad, son los palacios e iglesias símbolos de un poder decrépito y derrotado. Muchas fachadas recuperables son tiradas abajo. Lo mismo que el Palacio de la Ciudad y la Iglesia Garnisson. A la tenacidad del historiador de arte ruso Jewgenij Ludschuweit hay que agradecerle que el Palacio de Sans Souci no sea dinamitado. Tras la caída del Muro, ha comenzado un largo proceso de restauración, completado ya en varios palacios, en el barrio holandés y la antigua ciudad barroca. En 1991 la Unesco declara el conjunto arquitectónico patrimonio cultural de la humanidad. Potsdam brilla entre las huellas de poderes insepultos. El olvido ahora se encarga con esmero de otras páginas. Sitios como el antiguo centro de esparcimiento de la oficialidad soviética, corroído y cuadradote, con despintadas leyendas en ruso y ni un solo vidrio sano, sigue presidido desde el bronce por un Lenin vigoroso, sonriente, a punto de quitarse el saco, como quien acaba de llegar.



El magnífico pabellón restaurado de uno de los palacios de los reyes de Prusia.

Noticiero

Saltos misioneros

Guayra Turismo Alternativo anunció su próxima excursión en vehículos 4x4 a los Saltos del Moconá (Misiones). El recorrido se iniciará el próximo 8 de septiembre y el precio es de $ 170, incluyendo una noche de alojamiento y pensión completa (sin aéreo desde Buenos Aires). Tel.: 03752-433415. En Buenos Aires: 4313-8456 e-mail: info@guayra.com.ar

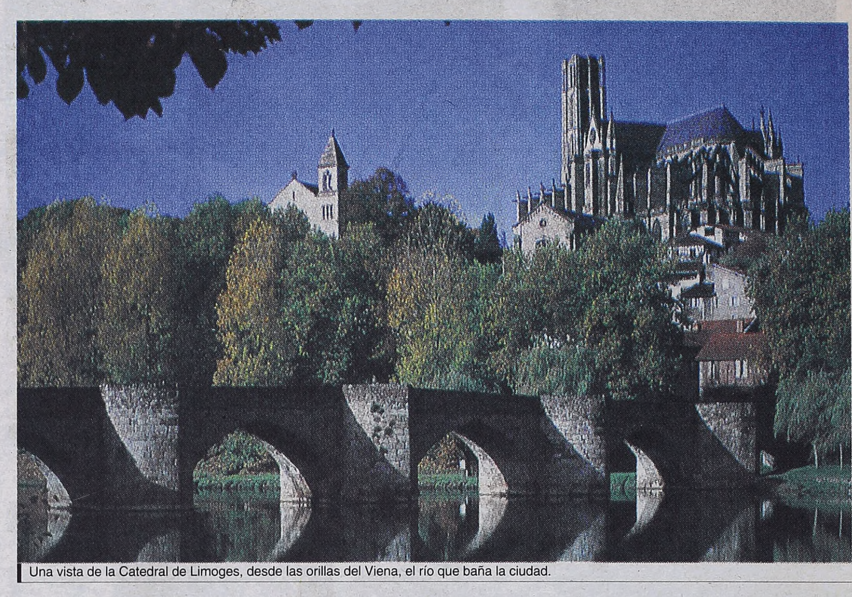
Aventuras marplatenses

Leomar Bici Aventura y Centinela de Piedra proponen una jornada de aventura (trekking, mountain bike y escalada en la roca) en los alrededores de la ciudad de Mar del Plata para el domingo 16 de septiembre. El costo es de $ 35 por persona. Reservas en Mar del Plata al 481-0082. e-mails: leomarbici@hotmail.com centineladepiedra@hotmail.com

Tesoros de la India

El próximo 7 de septiembre a las 19 se inaugurará una muestra del artista plástico Horacio Rodríguez sobre "Tesoros de la India" en el Edificio Municipal de Caseros. Calle J.B. Alberdi 4840. Caseros - Prov. de Buenos Aires.

Limoges es sinónimo en todo el mundo de la más famosa porcelana. Pero también es la capital de una región de pueblos abandonados y colinas verdes donde la historia dejó grandes marcas. En otras palabras, es uno de los paseos más sorprendentes que puede ofrecer el centro de Francia para quienes buscan algo más que los circuitos del turismo tradicional.



Una vista de la Catedral de Limoges, desde las orillas del Viena, el río que baña la ciudad.

FRANCIA *Limoges y la región del Limousin*

Mucho más que fina porcelana

POR GRACIELA CUTULI

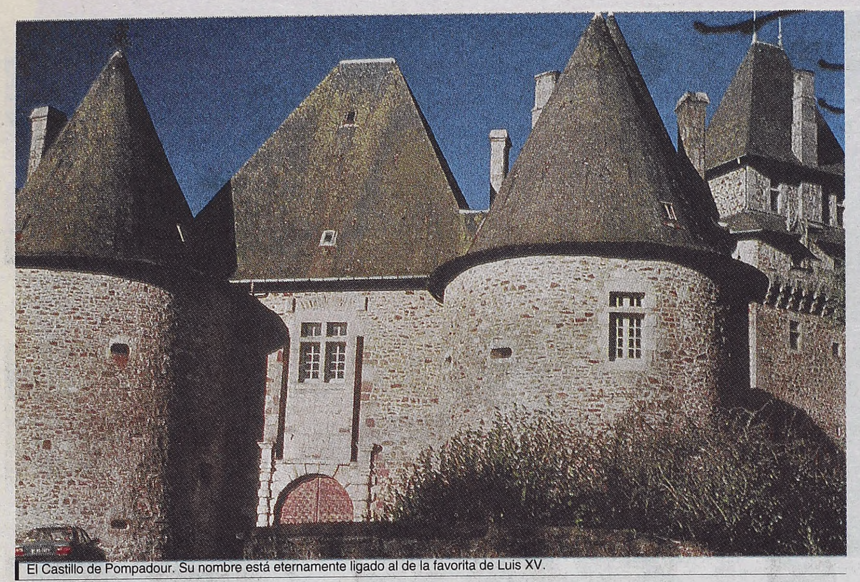
Limoges es uno de esos lugares más conocidos por lo que producen que por lo que son. Si París es París, aun para quien no sube a la Torre Eiffel, Limoges es porcelana, incluso para quien nunca comprará sus finísimas vajillas. Pero para los franceses es algo más, porque la ciudad dio su nombre a un verbo (*limoger*) que se usa cuando se deja a un funcionario u oficial en un puesto sin brillo ni responsabilidad. Viene de un episodio de la Primera Guerra Mundial, cuando en 1914 el jefe del ejército envió a Limoges –a cientos de kilómetros de cualquier frente bélico– a un grupo de oficiales incapaces. Y ya que la presentación de la ciudad se hace con palabras, no se puede omitir que su nombre también se aplica a los autos de cuatro puertas y seis ventanas laterales: las limusinas.

DE AUGUSTORITUM A LIMOGES LA ROUGE Aunque se cuenta entre las 15 ciudades más importantes de Francia, de Limoges se conoce apenas la singular torre de su estación central –Limoges Bénédictins–, que los amantes del ferrocarril designan como una de las más lindas de Europa. Se la vio durante pocos segundos en la película *Quienes me aman tomarán el tren*, proyectada hace un par de años en Buenos Aires, pero en realidad vale la pena conocerla por mucho más que eso.

Paseando por sus calles se puede ver claramente la formación de la ciudad, que nació en la Edad Media de la unión de dos pueblos cuyo origen se remonta a las tribus celtas de los lemovices, que le dieron su nombre, y en cuya capital se construyó la ciudad romana de Augustoritum. Uno de los núcleos originales nació sobre una lomada que controlaba un puente: allí se levantó la Catedral, heredera de un fervor religioso que brotó en la región en el siglo II con las conversiones llevadas a cabo por San Marcial. El otro núcleo nació protegido por fortificaciones donde se instalaron comerciantes y un sistema defensivo que permitía a la población local refugiarse durante los episodios más calientes de la Guerra de los 100 Años, ya que Limoges estaba en el centro de una región disputada a los reyes de Francia nada menos que por Ricardo Corazón de León y el Príncipe Negro. Fue, como siempre en Europa, una ciudad que nació del encuentro de un centro religioso y espiritual con otro laico y militar. Del primero quedan calles tranquilas y parques florecidos. Del segundo queda uno de los más sorprendentes barrios medievales de toda Francia: el Barrio de la Boucherie (carnicería). A pesar de ser hoy día una zona noctámbula con numerosos bares y lugares de moda, su fisonomía no ha cambiado durante más de diez siglos. Las casas todavía mantienen sus paredes de argamasa sostenidas por soportes de madera, y hasta quedan algunas carnicerías que proponen sus productos directamente a la calle, con los pedazos de carne colgando de los ganchos, tal como se ve en las miniaturas de los siglos XI o XII.

En este barrio están también las mejores casas de porcelana o de esmalte, la industria que hizo a Limoges conocida en todo el mundo. Los esmaltes en Limoges se remontan a la Edad Media, pero sobre todo al Renacimiento, cuando Léonard Limousin fue nombrado en el siglo XVI esmaltador real, y su arte reconocido con un título oficial. En cuanto a la porcelana, se convirtió en industria cuando hace poco más de 200 años se encontraron yacimientos de caolín de excelente calidad al sur de la ciudad, en St Yrieix. Muy rápidamente se instalaron las grandes casas que hoy todavía exportan el nombre y el sello de calidad de Limoges a todo el mundo, como Haviland y Bernardeau. Estas fábricas atrajeron –a pesar de sus penosas condiciones de trabajo, con largas jornadas en medio de hornos dignos del infierno– a los pobres campesinos de los montes del Limousin, una tierra rica en castaños y ríos pero pobre en pastos para el ganado. No es sorprendente que en tales condiciones la CGT haya sido creada en Limoges en 1895, durante un congreso de la izquierda francesa. De hecho, la ciudad siempre fue fiel a su orientación política y se la conoce a veces como *Limoges la Rouge* (*Limoges La Roja*).

POR EL LIMOUSIN Después de una visita a los museos de Limoges dedicados a la porcelana (Museo Adrien-Dubouché) y los esmaltes (Museo Municipal), se impone una visita a los alrededores



El Castillo de Pompadour. Su nombre está eternamente ligado al de la favorita de Luis XV.



Cada uno de los pueblos de la Corrèze propone un verdadero viaje en el tiempo, como aquí Curemonte.

de la ciudad, y más allá aún por todo el Limousin, una tierra de colinas que no llegan a ser montañas y ríos que no llegan a formar valles pero que ya prefiguran los relieves del Macizo Central. Menos de 30 kilómetros al oeste de la ciudad, en el mismo valle del Viena, la ciudad de Saint Junien, como Limoges y otras de la región, vive cada siete años una de las fiestas populares más singulares de Francia: son las *ostensiones*, procesiones que se remontan al siglo X, cuando se sacaban las reliquias por las calles de los pueblos para curar a la población del "Mal de los Ardientes".

No muy lejos de Saint Junien se encuentra Oradour Sur Glane, de triste memoria. Esta anónima localidad de apenas mil habitantes entró a su pesar en la historia el 10 de junio de 1944: ese día, algunas columnas de la SS que se retiraban del sur de Francia se vengaron por error de los grupos resistentes de la región. Entraron en el pueblo, sacaron a toda la gente a la calle, encerraron a las mujeres y niños en una iglesia que incendiaron y ejecutaron a todos los hombres. Lo que queda hoy son ruinas estremecedoras, las ruinas de un pueblo con los autos frente a las casas, las máquinas de coser de las mujeres sobre la mesa, las paredes ennegrecidas para siempre.

Este acontecimiento fue el último episodio de una región que vio pasar muchas veces lo peor que puede traer la historia. Hoy se recuerdan con romanticismo las luchas franco-inglesas de la Guerra de los Cien Años y hasta se trazó un Circuito Ricardo Corazón de León, que sigue los caminos y rutas recorridas por el monarca inglés durante sus campañas en la región. Esta ruta termina al pie de una torre semiarruinada, como un decorado de película, en un pueblo que pasa desapercibido hasta en los mapas locales: Chalus. Fue en este mismísimo lugar donde el rey murió, herido por flechas de arqueros leales al rey de Francia el 6 de abril de 1199. En todo el Limousin se recuerda su paso y el del Príncipe Negro, que marcó las últimas campañas inglesas en el sudoeste francés antes de tener que ceder definitivamente la región a los nobles de París.

UNA REGIÓN CULTURAL

Hay algo que enorgullece a todos los pobladores del Limousin: es la Feria del Libro de Brive la Gaillarde, el único ejemplo de una manifestación cultural provinciana que llegó a desplazar a su versión parisiense. De hecho, hay más autores, más novedades y coloquios cada año durante la feria de Brive que durante el Salon du Livre de París.

Con Brive al sur, la otra capital cultural del Limousin se encuentra al norte. Se trata de Aubusson, la capital mundial de los tapices. Los artesanos de Aubusson siguieron una tradición importada de Flandes, y realizaron en el siglo XV la obra maestra de este arte manual: *La Dame du Licorne*. La ciudad fue nombrada Manufactura Real por Luis XIV, y su arte encontró un nuevo apogeo en los años 50 con la obra de Jean Lurçat, el más importante artista tapicero del siglo XX.

Si de arte se trata, hay que tiene que mencionar a la ciudad de Bellac, un austero centro administrativo al norte de Limoges donde nació uno de los nombres más importantes del teatro francés del siglo pasado: Jean Giraudoux, autor entre otros de la *Guerre de Troyes n'Aura pas Lieu*. Y si de nombres célebres se trata hay que mencionar el de Auguste Renoir, que nació en Limoges, aunque la ciudad no figure en su obra. Al revés, el paisajista parisino Jean-Baptiste Corot hizo varios viajes al Limousin en el siglo XIX, donde nacieron algunas de sus obras.

La región sigue dando mucho para ver y conocer, entre castillos medievales (Malval, Montbrun, Val y tantos otros), ciudades de carácter (entre ellas Tulle, que dio su nombre a la delicada tela allí fabricada, el tul), paisajes o lagos (el de Vassivière o Bort les Orgues, con pueblos sumergidos bajos sus aguas) y sitios históricos (entre ellos Chassenon, el complejo termal más importante que hayan dejado los romanos en las Galias). Sin embargo, la visita puede terminar en los jardines y salas del castillo de Pompadour. Su nombre evocará para siempre la frivolidad de la favorita de Luis XV. Por eso uno espera tal vez un castillo más parecido al de la Bella Durmiente que un macizo edificio de granito medieval: pero su romanticismo quedó en realidad confinado a su solo nombre. Pompadour fue, más prosaicamente, la sede de un haras real desde 1761, y fue también la cuna de la raza de caballos angloárabes. Sin duda por eso sus instalaciones fueron elegidas para albergar la sede nacional de los Haras Franceses, y del registro y la administración de todos los equinos de Francia. Como para terminar la visita del Limousin al trote...

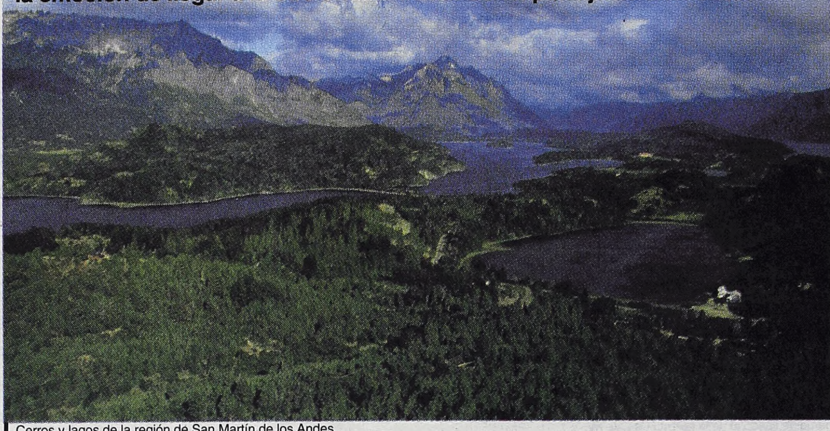
Noticiero

Librería para viajeros

El Viajero es definido por sus dueños como un "espacio de encuentro" antes que una librería. Tiene su correspondiente vidriera donde se ofrecen las últimas novedades en guías y relatos de viaje, pero al pasar al interior se descubre una particular mezcla de bar con biblioteca donde la gente se sienta a leer escuchando buen jazz mientras planifica su próximo viaje. El café corre por cuenta de la casa, y todas las consultas también son gratuitas. Allí el visitante puede adelantar las imágenes de su viaje mirando algún documental en la videoteca, o también recorrer el mundo a través de la lectura de relatos o diarios de escritores-viajeros. En un estante especial hay folletería que acercan las embajadas, y toda clase de revistas de viajes argentinas y extranjeras (*National Geographic, Tiempo de Aventuras, Altair*). La sección guías de viaje es acaso la más completa. Por ejemplo, si se planea visitar Nueva York, la elección de una guía no será sencilla porque hay más de 17 al alcance de la mano. El sitio web elviajero.com ofrece información sobre numerosos países, conexiones con sitios web específicos, y secciones como Turismo de Aventuras, Calles del Mundo, y El Baúl del Viajero, donde los navegantes de Internet publican sus propios viajes con fotos y todo. Ubicado en la calle Carlos Pellegrini 1233 (Tel.: 4394-7941), El Viajero abre de lunes de viernes hasta las 19.30 y los sábados hasta las 13. Desde hace ya tres años, se ha consolidado un espacio que combina tres de los mayores placeres con que uno se puede agasajar a sí mismo: los viajes, la lectura y la buena música.

POR JUAN PABLO BERMUDEZ

Un relato de viaje hacia el volcán Lanín y la singular experiencia de cruzar el lago Huechulafquen en la balsa de Juana, la madre del cacique mapuche de San Martín de los Andes. Cinchando de una soga para que avance la barcaza, la emoción de llegar a la otra orilla a través de un paisaje de ensueño.



Cerros y lagos de la región de San Martín de los Andes.

NEUQUEN *San Martín de los Andes*

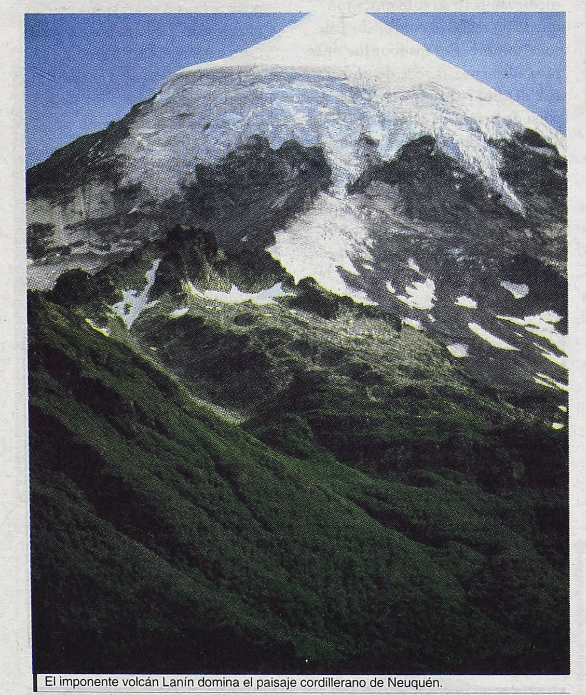
La dama del lago

"Juauaaaanaaaaaa, Juuuuaaanaaa", gritaba la guía en dirección a la otra orilla del lago. Juana era la madre del cacique de la comunidad mapuche de San Martín de los Andes, y los turistas la esperaban casi como si fuese una aparición milagrosa. Desde que habían llegado al punto más próximo –antes del camino del ascenso– al volcán Lanín, en el área Huechulafquen del Parque Nacional Lanín, los turistas esperaban a Juana, porque ella y sólo ella podía autorizar el viaje en balsa para cruzar el lago.

La mítica balsa mapuche ya había adquirido a esa altura rango de nave espacial o algo parecido, porque todos deseaban viajar en ella como si fuese una experiencia sobrenatural. Desde el chofer del micro hasta quienes organizaban la excursión hablaban del cruce en el singular transporte como lo mejor que le podía pasar a uno en la estadía en ese pueblo pequeño pero que desde la llegada se intuye inmenso.

La travesía había arrancado a la mañana, bien temprano, y el acceso a ese punto ocurrió bastante después, ya entrada la media tarde. Atrás habían quedado las playas de arena volcánica, los arroyos de agua de deshielo (se aconseja beberla, es una sensación indescriptible) y los "asustadores" caminos de montaña en los que en cada curva uno tenía la sensación de que no iba a llegar a destino pero al menos iba a comprobar cómo era una caída libre desde cien metros.

La balsa no figuraba en ninguna guía turística ni en ningún folleto. Tampoco hacía falta, eso es cierto. San Martín de Los Andes tiene mucha, pero mucha belleza en cada uno de sus rincones –sin olvidar el permanente aroma a frescura y los increíbles chocolates–, y hasta la casa de la intendencia es linda. Ni hablar, claro, del color de los lagos. Los que dos días atrás habían hecho el viaje en lanchón hacia Non Tué todavía estaban fascinados por la claridad del agua que hasta permitía ver el fondo cuando el barquito atravesaba lugares poco profundos del Lago Lácar. Y algún valiente que se había metido en el agua de las playas de Quila Quina, no salía del asombro de ver una trucha frente a sus narices como si le estuviese diciendo "te veo hoy en la cena". La anécdota fue aprovechada por un sibarita para explicar las bondades de la carne de ciervo y de jabalí, dos de las "especialidades de la casa", mientras guardaba con disimulo un montoncito de arena volcánica que la guía había prohibido llevarse.

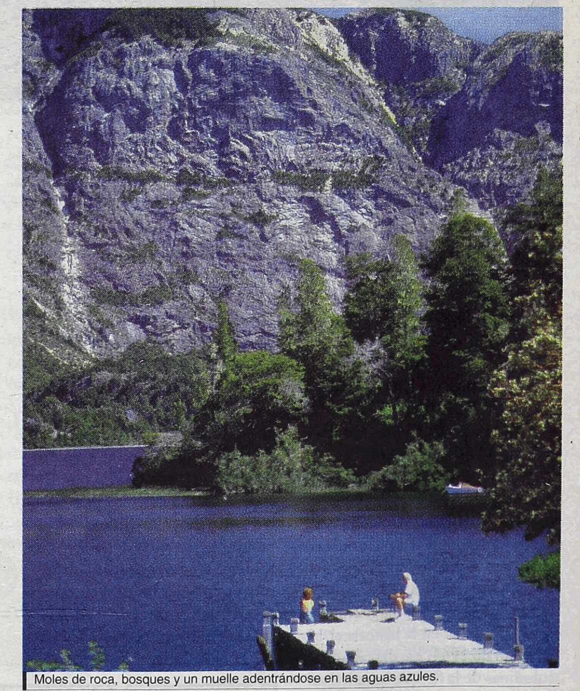


El imponente volcán Lanín domina el paisaje cordillerano de Neuquén.

Sin embargo, arriba del micro todas las preguntas se orientaban, finalmente, hacia la balsa que utilizan los mapuches para cruzar de un lado al otro del lago. La balsa era como esas historias de veracidad improbable que todo el mundo conoce; ninguno de los que estaban dentro del ómnibus la había visto pero todos sabían de qué se trataba, cómo era y hasta cuál había sido el año de su creación. En ese momento todos eran chicos esperando el juguete de año nuevo, pero la guía ya había aclarado que sólo se la podía conocer si estaba Juana, y con Juana nunca se sabía. El Chapelco, el Camino de los Siete Lagos y hasta el Cerro Teta (así llamado por su forma), todos lugares hermosos, habían pasado a segundo plano. La balsa era la frutilla del postre que ninguno quería dejar de comer.

Pero Juana no aparecía. La barcaza estaba lejos, del otro lado, y no había señales de vida. Los mates pasaban de mano en mano cada vez con más gusto a desilusión hasta que alguien la vio y gritó seguramente igual a Rodrigo de Triana en 1492. De entre los árboles una silueta pequeña se movía a los saltos, como si estuviese corriendo. La guía reconoció a Juana y el grupo de turistas la ovacionó más que a Madonna en el estadio de River. ¿Por qué había tardado tanto en aparecer? ¿Ganas de hacerse desear? ¿Sería medio sorda? Nada de eso. La explicación de la demora estaba en los paquetes que Juana traía consigo y que vendía a un peso cada uno. Eran torta fritas recién preparadas y la cantidad de cada envoltorio variaba según la suerte de cada uno. Entonces la balsa llegó hasta la orilla donde estaban los turistas. Ya nadie disimulaba las ganas y repentinamente se empezó a formar una fila como si fuese la parada del 60 un martes a la mañana. Juana les explicó el funcionamiento del transporte: la soga que cruzaba la baranda derecha era el motor, había que tirar de ella como en una cinchada para que la balsa avanzara y así llegar a la otra orilla.

Se formaron grupos de diez para cada viaje. Y si bien la alegría era mucha y la emoción muy grande, recién en el medio del lago uno entendía por qué todo el mundo hablaba de la balsa. Había que encontrarse allí, con el agua fría del lago hasta las rodillas, rodeado de silencio y de montañas y vigilado de frente por el imponente Lanín para entender que sí, que era cierto lo que decían. Y uno, que por esas cosas del destino tuvo la suerte de hacerlo dos veces, agradecía ese viaje en esa embarcación como si fuese la maravilla más grande de la humanidad. Había que estar allí, literalmente en el medio de un paisaje de ensueños, para entender que la emoción más grande al conocer un lugar increíble es sentirse parte de él, aunque para eso haga falta empaparse las piernas con agua helada.



Moles de roca, bosques y un muelle adentrándose en las aguas azules.